

es día sin noche, luz indeficiente, claridad sempiterna. Él nos manda á cuantos tenemos la dicha de llamarnos sus discípulos, caminar de tal suerte bajo los rayos de esa luz divina, que podamos evitar las tinieblas de la eterna noche, y llegar sin tropiezo á la patria celestial. Él, en virtud de la humana naturaleza que se dignó asumir con todas nuestras miserias, lloró amargamente la muerte de su amigo Lázaro; y en fuerza de la potencia altísima de su augusta divinidad, lo volvió á la vida; y también hizo renacer á todo el género humano, sacándolo del horroroso sepulcro en que no sólo por cuatro días, sino por muchos siglos, lo habían sumergido sus pecados.

Por intercesión de este Salvador nuestro y Redentor Jesucristo, ¡oh Señor! te suplicamos rendidos, que cuantos fueren sepultados en este cementerio, sean salvos por toda la eternidad. Cuando la trompeta de los Ángeles venga á despertarlos en el último día, véanse libres de sus pecados, y penetren en las regiones de sempiterna felicidad. Formen parte de la legión gloriosa de los Santos, y con ellos se acerquen á Tí, Vida nuestra, y encuentren tu rostro benigno, misericordioso y apacible, y te alaben y glorifiquen por todos los siglos de los siglos.



SERMÓN

SOBRE LAS SIETE PALABRAS DE JESUCRISTO EN LA CRUZ, PREDICADO
EN LA CATEDRAL DE MONTERREY, EL VIERNES SANTO,
26 DE MARZO DE 1883.



INTRODUCCIÓN.

CRANDE, aunque triste, es la satisfacción que experimento, al conduciros personalmente en este día solemne á la abrasada cumbre del Monte Calvario. Me ha regocijado otros años el ver la religiosa atención con que en estas circunstancias habéis escuchado la divina palabra, la piedad y devoción de que habéis dado pruebas, vuestra constancia y paciencia en soportar los calores del día, lo poco á propósito de la hora (atendidos vuestros hábitos ordinarios) y lo largo de las ceremonias. Esto me prueba que vuestra fe está viva, y que, á pesar de la incredulidad reinante, confesáis á Jesucristo verdadero Dios al propio tiempo

que verdadero hombre; que vuestro corazón es sensible, y os complacéis en acompañar en su agonía al más amable y hermoso de los nacidos; que las doctrinas predicadas en la Cruz os agradan á despecho de los atractivos del mundo, y venís á repasar las saludables lecciones, que sólo en el madero de salvación podemos aprender. ¿Qué tarea más grata para un Prelado que el marchar al frente de su pueblo á bañarse en la sangre del Redentor? ¿Qué deber más dulce para un Obispo que confirmar á sus fieles en la fe de sus padres? ¿Qué empresa más acomodada á un hombre de pecho sensible, que el venir á llorar al pie del sagrado patíbulo, que regaron con sus lágrimas la Virgen Madre y la tierna Magdalena, y en derredor del cual empiezan á gemir mil y mil devotos cristianos?

Venid, pues, con vuestro Jefe, amados Diocesanos, venid á contemplar la tragedia más espantosa y más dulce, más terrible y más consoladora que hayan visto los siglos. Pero no olvidéis que los sentimientos que han de animaros deben ser bien diversos de los que llevaríais á cualquier otro espectáculo, ya puramente ficticio, ya de la vida real. Lejos de vosotros la profana avidéz que os conduce á un teatro; lejos de vuestras almas esa curiosidad, algo bárbara, aunque legítima, que impele á las multitudes á presenciar el suplicio de aquellos que la justicia, ó la injusticia humana, ha condenado á la última pena.

¿Curiosidad legítima, dije? Quizá sea mi expresión algo aventurada; pero ¿qué cosa más natural que el deseo de ver si los últimos momentos de un hombre corresponden al resto de su vida? ¡Solemne es, en verdad, la

agonía! Tiene atractivo particular el lecho de muerte del joven que ha brillado por sus devaneos y opulencia, de la niña que ha reinado por su fasto y hermosura. Con justicia deseamos ver si el que se ha jactado de incrédulo, conservará hasta el borde del sepulcro su sonrisa de blasfema impiedad. El ladrón de caminos, el vulgar asesino, el criminal empedernido, excitan la atención no sólo de la plebe sino aun de los que de ilustrados se precian, y todos anhelan por saber si al menos al ver brillar el dogal, ó sentir el roce de la cuerda, se arrepentirán de sus delitos. Quizás os haya sucedido en nuestras pasadas guerras, el acudir, por pacíficos que seáis, á presenciar la muerte de algún caudillo, antes inexorable, é indagar si es tan valiente en presencia de la muerte que sufre, como lo era al contemplar la de sus antiguas víctimas. El filósofo, el santo, que han predicado doctrinas de paz y de reconciliación, de bondad y dulzura, nos atraen todavía con mayor fuerza al acercarse su tránsito, y corremos á verlos exhalar el último aliento, quién con sonrisa de amarga duda, quién con temor de que desfallezcan en el instante postrero, quién con la suave esperanza de que aquel momento solemne confirme la enseñanza de largos años.

Blasfema curiosidad llevó á muchos al Calvario el día inolvidable de nuestra Redención. Los que tantas veces habían escuchado las maravillosas doctrinas de Jesús, tan contrarias á las ideas que prevalecían en el mundo, tan opuestas al parecer á las inclinaciones de la naturaleza; los que lo habían visto aplacar las tempestades, hacer huir las dolencias, arrancar su presa aun á la muerte, se agruparon, como lo había predicho Salomón, en derre-

dor de la Cruz, para ver en ese momento supremo si eran verdaderas sus palabras, si sus predicciones tenían cumplimiento, si su fin correspondía á las máximas que había inculcado. *Videamus ergo, si sermones illius veri sint* (SAP. II, 17). Los que tantos beneficios habían recibido de su divina mano, los que nada habían encontrado en el Justo por excelencia que fuese digno de reprobación, los que miraban su santidad con envidia y se sentían heridos por sus altísimas virtudes, se agruparon en derredor del afrentoso patíbulo, y moviendo la cabeza con amarga ironía, mirándolo con torvos ojos, y torciendo los labios con desprecio, exclamaron: ¡Que lo libre de la muerte el Señor en quien ha puesto su esperanza! *Omnes videntes me deriserunt me, locuti sunt labiis et moverunt caput. Speravit in Domino, et ipse eum.* (Ps. I, 12). Si es de veras el Hijo de Dios (dijeron) Él le amparará. Baje ahora de la Cruz, si es el Rey de Israel. Sálvese á sí mismo el que á otros ha salvado, y pruebe que fué verdad su doctrina. Él nos tuvo por perversos y vanos, Él se ha abstenido de nuestros caminos como de inmundicias; Él ha pregonado que el fin de los justos es siempre dichoso. ¡Hoy sabremos cuál es su propio fin! *Sciemus quæ erunt novissima illius.* (SAP. II, 16, 17, 18, MATTH. XXVII, 42.)

Muy diversos, Hijos míos, son los sentimientos que hoy nos congregan; y si no hubiera más mundo que el recinto de esta santa Iglesia, me limitaría á dejar correr vuestro llanto, y á excitaros á derramar más y más lágrimas, ya por los dolores de Nuestro amado Redentor, ya por vuestros pecados y los del mundo entero, ya por los castigos que ellos han traído y traerán sobre vosotros

y sobre vuestros hijos. Pero hay muchos que, aun sin acercarse al Calvario, mueven los labios y agitan la cabeza, cual los Judíos hace diez y ocho siglos, y afectan dudar de todo y rehusan prestar su asentimiento á los misterios de nuestra adorable Religión. Hay muchos que creen que el colmo de la civilización es negar la divinidad de Jesucristo, y que, fingiendo respetarle, lo llaman á lo sumo *el Filósofo, el Mártir*, pero le niegan el dictado de *Dios*. A ellos también quiero que llevéis mis palabras; quiero que les hagáis contemplar el cuadro que voy á descorrer á vuestros ojos, de suerte que puedan exclamar como sus hermanos de incredulidad de aquel tiempo, *veamos si son verdaderas sus palabras*, y que como ellos, al retirarse del sagrado espectáculo, bajen hiriéndose el pecho, y con lágrimas de arrepentimiento exclamando: *En verdad que este era el Hijo de Dios.* (LUC. XXIII.) Quiero que comparen la agonía de Jesús, derramando su sangre gota á gota y predicando desde la cruz, con la muerte de Sócrates, tomando con su propia mano la copa fatal y apurando la cicuta, y exclamen de grado ó fuerza como el célebre incrédulo francés del siglo pasado. ¡Oh cuánto más sublime que el hijo de Sofrónimo es á la verdad el hijo de María! Quiero que ellos y vosotros, al comparar los sufrimientos de Nuestro Redentor con los tormentos aun de los más heroicos mártires de la Iglesia, notéis la enorme diferencia que va entre el Creador y la creatura, entre Dios y el hombre, entre el Justo por excelencia y el que sólo debe su virtud á los méritos del Salvador.

No lo olvidéis, al ir contemplando una por una las escenas que voy á desplegar delante de vuestros ojos.

No lo olvidéis, al repasar en la memoria las siete inolvidables palabras que pronunció Jesucristo en la cruz, y que yo me preparo á repetiros. Aunque la saña de los verdugos ha querido confundir á los tres hombres que veis padeciendo el mismo suplicio, el ojo menos observador comprenderá desde luego la diferencia que media entre el que, ensangrentado de pies á cabeza, se mira en el centro, y los dos facinerosos que á diestra y á siniestra aparecen. Cada gota de sangre que sale del sagrado cuerpo del Justo parece manifestar su altísimo origen. Su mirada, su actitud, su paciencia, su mansedumbre, revelan que no es un hombre como el resto de los mortales, aunque se halle á punto de ser vencido momentáneamente por la muerte. Pero sobre todo, las palabras que lentas y majestuosas brotan de los yertos labios del moribundo, nos manifiestan, queramos ó no, que él es el Mesías prometido, el Deseado de las naciones, el Redentor del género humano, el Hijo de Dios. Escuchadlas, amados oyentes; pero antes representaos bien el cuadro que vais á contemplar, y que os ayudan á pintar en vuestra mente las sagradas imágenes que hemos colocado en el altar. No perdáis de vista ni aquellos accesorios, que quizá parecerán insignificantes; pero que no lo son en realidad para el cristiano que quiere sacar provecho de la meditación dulcísima de la Pasión del Redentor.

¡Mirad! Ese pequeño montecillo que se eleva fuera de los muros de Jerusalén, y dominando la ciudad toda, más bien que por su propia insignificante altura, por el declive que forma el terreno hasta el torrente Cedrón, ese montecillo es el Calvario. Es el lugar infame por excelencia, y en él caben unas cuantas cruces destinadas á los

malhechores más abyectos y á los más viles criminales. Tres son las que hoy han erigido los encargados en la Ciudad Santa, de ejecutar ¡ay! la justicia de Dios y de los hombres. Es el mediodía. Sobre los cuerpos desnudos de los tres ajusticiados, caen los rayos del sol agravando sus dolores y aumentando el escozor de las heridas. La multitud es inmensa. No sólo contiene Jerusalén su acostumbrada población, sino que de todas partes de Palestina han acudido millares de Judíos á celebrar la Pascua, y todos, movidos por un impulso común, han corrido al lugar de las ejecuciones, sin distinción de sexo ni edad, de rango ó posición social. Allí están confundidos con el pueblo los Fariseos y Escribas, los Príncipes de los Sacerdotes y los Doctores de la Ley. Allí se encuentran entre los soldados de la guarnición romana, prosélitos de fuera del territorio de las Doce Tribus. Aun los más respetables han perdido su dignidad, y dirigen con ridículos gestos y contorsiones los más amargos reproches, los insultos más soeces, las injurias más groseras, á uno de los moribundos. ¡Vedlo ahí! Es el más ensangrentado de todos; pero á pesar de sus heridas descubre una belleza y una gracia, cual nunca se ha visto entre los hijos de los hombres, *speciosus forma præ filiis hominum* (Ps. XLIV). Hasta sus compañeros de infortunio lo insultan y lo denostan. ¿Qué responderá? ¿Qué hará, él que no ha mucho resucitó á Lázaro, y al hijo de la viuda de Naim, y á la hija de Jairo? Él, que con una sola palabra derribó hace pocas horas á los soldados y sayones enviados á prenderle, ¿bajará por ventura de la cruz, y con el soplo de su boca herirá de muerte á los desdichados que lo ultrajan? ¿Ó guardará quizás obstinado

silencio, como delante de los inicuos jueces que no ha mucho pretendían sin derecho interrogarle?

Mientras los ecos de la música hieren vuestros oídos, fíjense los ojos de vuestra alma en el cuadro que os he bosquejado, y preparaos, Hijos míos, á escuchar la primera palabra del moribundo Redentor.

PRIMERA PALABRA.

Pater, dimitte illis, quia nesciunt quid faciunt.

¡Padre! Perdónalos, porque no saben lo que hacen.

Luc. XXIII, 34.

Narra el antiguo Testamento, que olvidado Joas de los buenos principios que aprendiera en su infancia, y de los inmensos beneficios que á Joyada debía, mandó dar inicua muerte al hijo de este santo varón, al sacerdote Zacarías. Cuando cubierto de heridas iba á exhalar el mártir el último suspiro, invocó la justísima venganza celeste sobre el ingrato rey que lo asesinaba, y las terribles palabras del moribundo: vea el Señor la iniquidad que contra su ministro se comete, y exija al agresor condigno castigo: *videat Dominus et requirat*, tuvieron antes de un año terrífico cumplimiento. (2 PARAL. XXIV.)

Cuando poco despues del diluvio, el desnaturalizado Cham tuvo la audacia de burlarse de la inocente desnudez de su padre, al despertarse Noé lanzó sobre él horrible maldición, que aun hoy día continúa cumpliéndose, á pesar de los esfuerzos unidos del cristianismo y la civi-